

## REVISTA SEMANAL

*Entered as second class matter at the Post-Office at Manila*

DIRECTOR:—Alejandro de Abaitiz

TEL. 572

ADMINISTRADOR:—Virente Agau

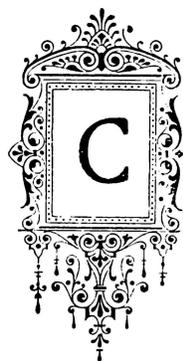
P. O. BOX 147

Vol. IV.

Manila, 13 de Septiembre de 1924.

Num. 89

# Armonías



CON mucha razón se ha dicho que el Dogma católico nada teme ni debe temer de la ciencia falsa, porque es siempre confundida; ni tampoco debe temer nada de la ciencia verdadera, porque concuerda siempre con la verdad. La Revelación y la ciencia no pueden menos de convenir y armonizarse, pues en su origen son dos rayos de un mismo sol; y ese sol es Dios, autor y fuente de la Revelación y de la ciencia.

No es la fe visión intuitiva o evidencia de las verdades reveladas superiores a nuestro entendimiento; es el asentimiento humilde, libre, profundo e inquebrantable que prestamos a las verdades de la Revelación, fundados en la autoridad y veracidad infinita de Dios que ni puede engañarse ni engañarnos. El que cree, está en la verdad.

La ciencia es también verdad; pero verdad conocida naturalmente, visión intelectual, conocimiento del ser o de la cosa. El hombre, dice un apologista moderno, que habiendo aplicado su actividad intelectual a las cosas que puede alcanzar, posee la idea

de tales cosas, estudia sus relaciones, investiga y consigna sus leyes, establece los principios como punto de partida, muestra la ilación lógica de las consecuencias, reduce a unidad superior o sistematizada ese conjunto de verdades alcanzadas por la razón, por la experiencia, o por aquellos medios apropiados a lograr el conocimiento de las cosas según su naturaleza, y forma al fin ese cuerpo admirable llamado ciencia; el hombre, repetimos, dentro de ese dominio especial, está también en la verdad.

Si en uno y otro caso, el hombre que cree está en lo cierto, y el que discurre y sabe y conoce científicamente está también en lo cierto; forzoso será, dice el aludido escritor, que el objeto de la fe, la Verdad revelada, y el objeto de la ciencia, la verdad adquirida por el ordinario conocimiento, no solamente no se opongan, sino que convengan perfectamente entre sí.

Las colisiones y conflictos entre la ciencia y la Revelación no hay, pues, que buscarlos ni en una ni en otra verdad; los originan causas ajenas a la naturaleza de ambas verdades, como son el orgullo, los prejuicios, el exclusivismo científico, el empeño en querer

convertir meras hipótesis u opiniones personales, en doctrinas inconcusas y principios poco menos que infalibles; y sobre todo, la supina ignorancia que de la Religión católica y de sus Dogmas tienen muchos que la combaten, achacando al catolicismo verdades o dogmas que no enseña.

Sabemos por la Revelación que Dios creó el mundo de la nada. Al eco omnipotente de la palabra divina, brotó en el principio de los tiempos, todo cuanto hay en el cielo y en la tierra, todas las criaturas visibles e invisibles; no como una emanación o des-envolvimiento de la divinidad, lo cual equivale a la negación de Dios, sino de la nada, sin materia preexistente.

En cuanto al estudio general del "*Evangelion*" u obra de los *seis días*, hay tres opiniones en cuya exposición no nos vamos a detener, porque habríamos de extendernos demasiado; y además, porque las tres caben dentro del dogma católico acerca de la creación.

"No nos sorprende dice a este propósito el doctísimo J. Guibert en *Les Origines*, que la exégesis ortodoxa revista diversas formas accesorias al mismo tiempo; esta variedad de opiniones existió siempre. En tanto que la Iglesia no se decida, los sistemas tienen el valor de las razones de sus autores. En todo caso, cada cual de ellos es perfectamente afirmativo cuando se trata de reivindicar el origen divino del texto y su infalibilidad".

Tocante a los infundados ataques que la ciencia incrédula lanza contra la relación del Génesis, es de advertir, como dice el autor citado, que en la interpretación del texto sagrado debe tenerse en cuenta, no solamente la significación material de las palabras, sino también el género a que el escrito corresponde, el pueblo a quien iba dirigido, las circunstancias de lugar y tiempo en que fué hecho y el objeto que se propone el autor. Esta regla es elemental tratándose de crítica textual.

Sabemos por la fe que Moisés estaba inspirado por Dios al escribir el Génesis, y que en ese primer libro de la Biblia nos enseña el hecho de la creación, el Dogma de un Dios uno y personal, y por lo tanto los deberes religiosos del hombre para con su Creador. El objeto del autor sagrado, escribe el elocuentísimo P. Monsabre, fué instruir al pueblo en las verdades fundamentales del orden religioso y moral, obligarle a la adoración y al reconocimiento, mostrándole a Jehová como autor, ordenador y conservador de todas las cosas. Y todo eso en un lenguaje popular de figuras brillantes, pintando a

grandes rasgos lo que aparece a los sentidos.

Por eso es en vano exigir Génesis una exactitud científica; no es ese su objeto. No hablará ni de levantamientos, ni de aluviones, ni de acciones físicas, mecánicas o químicas, ni de estratificaciones, ni de reinos, clasificaciones, grupos, clases, órdenes, familias, géneros, especies o variedades. Lo repetimos; no es ese su objeto; es más alto, más noble, mas digno de Dios y del hombre. Pero todo eso que el racionalismo considera como dislates de lenguaje por faltar la exactitud científica, es precisamente lo que convenía decir; y jamás tendremos razón para andar buscando en la superficie del texto una contradicción, que seguramente no hemos de hallar en sus profundidades.

Por lo demás, a la verdadera ciencia le quedan extensos campos donde puede ejercitar sus actividades, y saciar su avidez exploradora. Franca tiene la puerta para penetrar en la callada mansión donde duermen los primeros siglos, y preguntar al *Cosmos* sobre sus progresos y alteraciones, e interrogar a las criaturas cuándo surgieron de la nada obedientes a la omnipotente palabra del Creador; si bien le será difícil y hasta imposible averiguarlo.

No hay paralelaje, dice elegantemente un autor, que nos permita calcular o tantear la distancia de tiempo que media entre el momento actual y el del acto creador; pero los fenómenos que presenta el universo son de tal naturaleza, que declaran con toda evidencia que han debido de tener un principio, confirmando así la ciencia lo que la fe nos enseña.

Ora, pues, consideremos la creación del universo instantánea y total, ora sucesiva y parcial en cada punto de tiempo, contesta y se armoniza a maravilla con lo que han discurrido sobre el particular astrónomos y matemáticos insignes, y con lo que acerca del estado primitivo de la materia enseñan las varias partes de la ciencia moderna, en especial la más bella y reciente de todas, la teoría dinámica del calor.

Al compas del progreso de las ciencias, se van acercando hasta confundirse en fraternal abrazo la doctrina metafísica, la doctrina científico—cosmogónica, y la Verdad revelada. De ahí la noble afirmación del inmortal Cuvier, con la cual damos fin a este artículo:

O Moisés tenía en las ciencias una instrucción tan profunda como no la tienen los sabios de nuestro siglo, o estaba inspirado.

JUSTINO.